

Silvio Mattoni nació en Córdoba, Argentina, en 1969. Publicó, entre otros, los libros de poemas: *El país de las larvas* (2001), *La chica del volcán* (2010), *La canción de los héroes* (2012), *Avenida de Mayo* (2012), *Peluquería masculina* (2013), *El gigante de tinta* (2016) y *Tanatocresis* (2018). Y entre los ensayos: *Koré* (2000), *El cuenco de plata* (2003), *Camino de agua* (2013), *Música rota* (2015) y *Tekhné* (2018). En 2014, publicó el diario *Campus*. Da clases de Estética en la Universidad Nacional de Córdoba. Obtuvo la Beca Guggenheim en 2004. Tradujo a Henri Michaux, Georges Bataille, Francis Ponge, Catulo, Marguerite Duras, Diderot, Cesare Pavese, Mario Luzi, Pascal Quignard, Louis-René des Forêts, Yves Bonnefoy y Clément Rosset, entre otros.

Gracias, verano

La senda del poeta muerto

Subiendo desde la orilla del río,

arriba de las playas y las piedras,

está la senda que indica el camino

que cruza la lomita. También sirve

para que los chicos miren las montañas

verdes y amables por donde zigzaguea

la cinta de agua, y más allá unos ranchos

a los que sólo se llega a caballo.

En el punto más alto, piedras chatas

permiten un descanso, y ya entonces

se puede ver en parte el arroyito,

la cascada, la higuera, algunos bosques

de piquillín y tala. Las mujeres, los hombres

se alegran con los cuentos de sus niños

y se inclinan bajo el peso dichoso

de mochilas con todo el equipaje

para varias semanas de campamento.

Del otro lado, la bajada es brusca

y demasiado rápida. De a poco

se ponen verdes los bordes de la senda,

y aunque el musgo y el pasto intenten invadir

la arena y las piedritas tantas veces pisadas,

no lo podrán lograr: apenas tiñen

de oliva y esmeralda su mineral dorado.

Saltan los chicos la primera vertiente

y el sendero se abre en amplios claros

como si recordase la fiesta de llegar

finalmente a la playa de las personas libres

que ahora son leyendas bastante inverosímiles.

No va el camino hacia ninguna casa

ni marca el rumbo de una escuela. Es raro

ver a un niño ahí solo, la mirada

únicamente atiende al suelo para

poder trepar y después bajar sin

que haya resbalones o tropiezos.

El sendero parece y aparenta

conducir a un lugar imaginado

adonde alguna vez todos quisieron

ir y quedarse; hasta que de repente

llega a su fin la loma y se hace un prado.

El arroyo

Quién sabe cómo llegó hasta la orilla
del arroyito una higuera muy vieja
aunque también más arriba, más cerca
de la cascada había otros frutales
como si alguna vez toda la sierra,
la playa blanca del río, los árboles
hubiesen sido un campo. Alguna siesta
de un verano sentado cerca de ella,
no exactamente abajo porque el barro
húmedo se formaba con su sombra
y a sus brevas llegaban demasiados
pájaros parlanchines, me quedé
un rato absorto mirando las burbujas
del agua sobre piedras verdes, blancas
y grises, y en la punta de una seca,
que en el arroyo apenas se elevaba,
se apoyó una mariposa. Había
olor a higos verdes y a tierra que perdía
de a poco la humedad de la mañana.

El insecto absorbía desde arriba

el calor más intenso aunque también

le llegaba de abajo, de la piedra

caliente. Mariposa satisfecha

de sus colores, como si ya nunca

fuese a pasar más nadie por ahí,

como si fuese yo el último ser

hablante y ella el primer bichito

que al mismo tiempo teníamos tierra

y sol, y a los dos nos gustaba. Yo

me repartía entre ella y el brillo,

la espuma entre las piedras del arroyo,

las revueltas del agua contra obstáculos

sin orden, sus sonidos que persisten

moviéndose y corriendo sin parar.

Sobre la higuera silbó un pajarito

y me pareció escuchar a un caballo

bastante lejos. Más cerca, llegaba

una nena de mi edad que subía

remontando el arroyo. Su voz clara

recitó las palabras de los muertos:

“Nadie nunca estuvo acá”, dijo bien fuerte

y yo sentí lo mismo. Se volaba

la mariposa anaranjada y negra

y mientras combinaba la impresión

de la higuera magnética y la frase

tal vez oída, supe que debía

no encontrar las palabras del momento.

Dos poemas faltantes

En la obra completa de un poeta perdido,

que murió joven y dejó terminados

un centenar y medio de poemas,

al final faltan dos por un error

en la impresión del libro; uno se llama

“El camino”, en el índice correcto

figura el título, y el otro ausente

dice: “Dolor por el amor auténtico”.

En medio de los dos, se salvó el penúltimo

que empieza así: “Afuera, allá en lo oscuro”...

Hace cien años que murió el que escribe

y es tan casual que yo lo esté leyendo

como el misterio de las hojas blancas

que me asalta esta tarde. A él la noche

lo acecha en un camino sin foquitos

y le cortará el paso, pero dice

que toda luz es débil, la alegría

y el dato de estar vivo, ante el poder

del desgaste continuo, excepto que

lo quieras. Aunque un afecto real
sigue siendo el camino y cuando duele
es porque en un instante se da cuenta
de que va a terminar. Y si ahora miro
hacia atrás en su libro y en las cosas
que se mueven: las horas, un gorrión,
un gato somnoliento, son testigos
de algo que no podrían comentar,
entonces sólo un móvil permanece:
mi mano que se arrastra sobre la hoja
blanca como un cangrejo acurrucado
que descansó en la almohada a la mañana
y ahora sigue gateando en la blancura
en busca de más años. El poeta
muerto dice que el viento está agitando
las cien hojas de un sauce en su jardín.
Son sus poemas: los únicos salvados
que hablan de lo que crece y ya son verdes,
sin libros ni una mano que los roce.

Carpe diem

Mirá esa poca luz de otoño en el asfalto

gris claro, tierra morada y el cielo

que no sube, alrededor tenés

el living donde duerme la gata tricolor

y donde te recuerdo melancólicamente.

Otra mañana igual brillaba al sol tu cara

y no necesitabas ni reírte.

Crece ahora el horizonte, supongo

que se parece al día en que un poeta antiguo

escribió aquel registro que buscaba

un sentimiento nuevo con el tema de siempre:

lo que se pierde, lo que queda pero

querría descuidarse y hacer cosas

automáticas, caminar, pensar

y hablar despacio para que no llores

decepcionada. Mirá también la calle,

¿te acordás de la ropa gris, celeste,

de nuestro casamiento por civil?

Íbamos pálidos cruzando la vereda

ancha de una alegría sin palabras.

¿Te gusta igual que a mí este regreso

del mismo clima? ¿Hubiésemos querido

pasar la vida en otra parte? No,

vemos las casas despintadas, árboles,

siempreverdes y ficus, la inocencia

de los que no se acuerdan de contar

a cada paso sus propias novelas

de cualquier vida en su ciudad perdida.

Tranquilamente espero, caminemos

un poco juntos. ¿Ves allá arriba del techo

de la casa de enfrente, aquella nube

deshilachada, calada de azul?

Tapame un minuto los ojos con

tus manos frías, quisiera decirte

que sos la protectora de mi fábula,

la diosa Mímesis de lo que practico,

la casa, la ciudad y el cuadernito

en el que escribo esto. Vos, Cecilia,

con tu mano agarrá la miniatura

del día que ahora empieza, porque soy

alguien que sólo sabe estar inquieto

y ser amado. En tu sonrisa cabe

el esplendor de este 12 de mayo.

El zorrillo

Antes de los seis años yo tenía
una capa de tela que mi madre
joven había cosido y le había puesto
una letra de cintas blancas contra
su género negro. Creo que invento
todos esos recuerdos: la zeta que invertía
y daba ángulos a la inicial
de mi nombre. Pero si aún no iba
a la escuela, ¿cómo leía en mi espalda
esa letra flotando atrás de mí?
Un sombrero, una espada que no sé
si eran de plástico, siquiera si existieron,
completaban mi atuendo. Habré cantado
el tema del programa: ¡zorro, zorro...!
Y en algunos momentos más tranquilos
cuando miraba y registraba cosas,
movimientos, palabras de los otros,
mi padre me empezó a decir “zorrillo”,
porque andaba en silencio, me quedaba

observando, grabando los detalles

de juegos complicados: aprendí

que los caballos saltan siempre en ele

y a mí me hacía falta imaginarme uno

para que en el galope se ondulara

el brillo de mi capa negra y horizontal;

que los alfiles pinchan diagonales

y que las torres fijan las abscisas

y son más ordenadas; que la reina

es la que siempre manda y el rey sufre

de pánico en su rincón asediado;

me daban pena los peones siempre

sacrificados, eran como nenes

que no hubieran crecido, su estatura

y aquellas cabecitas rapadas de madera

recibían contentas la caricia que al menos

los movía. Con mi acecho esperé

hasta que pude dominar mis manos,

el habla en la memoria, los proyectos

de ataques y defensas. Pero cuando

empezó el juego final del silencio

y el acto de leer me hizo su presa,

y eran las mismas garras de escribir,

olvidé el ajedrez. Seguí buscando,

con una cola imaginaria abajo

de mi capa invisible, uvas y quesos

y regalé las verdes de la prosa

a los que gozan con trabajos largos,

sólo mandé mensajes a los cuervos

para que abran sus picos distraídos

y se les caiga el camembert. Mi apodo

está en la fábula de un ser curioso

que se explica, que piensa pero no

sabe qué va a encontrar. Y sin embargo

busca en silencio, escribe su trayecto,

la única manera de seguir

hablando con el ritmo del que calla.

Gracias, verano

Gracias, verano. Aunque no conozca todos
los climas del mundo, ni siquiera unos cuantos
de los más tropicales, en ninguno
enciende el sol los bordes de las cosas
como en este lugar mediterráneo,
ni el cielo corta sus aristas álgidas
con tanta nitidez bajo un color
de perfecta cerámica esmaltada.

En el invierno me olvidé de vos,
abrigado en la intemperie de una
reforma en nuestra casa, pero ahora
vuelven a mí las noches cortas, brotan
palabras porque sí. Sos enemigo
del apuro, y a la siesta que hierve
nadie sale, y hasta los autos duermen
en los barrios desiertos. Es momento
de empezar a leer todos los libros
y a imaginar que escribirás alguno

medio soñado. Un día de semana

imita al otro, verano, mi cosmos

cabe en un punto al sol sin una sombra

del mediodía: un patio pompeyano

que filtra el toldo verde y sólo deja

una línea finísima de fiebre

natural, no como un chico que tiene

a la menor provocación temperatura

sino como los órganos ya viejos

que sufren en silencio. Estamos solos

mi hijo, mi perra, los dos gatos locos

de tanto meditar, igual que yo.

Ni los pájaros cantan, porque esperan

que pase el resplandor sin soluciones,

que resoplen los árboles de nuevo

con aires de crepúsculo. Ahí están

enfriando sus raíces. Acá adentro

tenemos juegos, televisores, hojas

para escribir o no. Cuando ella llegue

el amarillo se pondrá naranja

y volveré a saber que soy un cuerpo

ansioso, no indulgente. Después vienen

los planes de trabajo pero ningún proyecto

de otoño va a poder dismantelar

tu planeta feliz, la fiesta quieta

que trajiste, verano, como siempre.

Gracias, de nuevo gracias, veranita.

Versión de Petronio

Sueños que engañan la mente con sombras volátiles,
no los mandaron templos de dioses ni unos nombres
en el aire, uno mismo los produce.

Cuando el descanso pisa los miembros postrados
de sopor, y la mente juega encima del cuerpo
sin peso, lo que escapa de la luz
actúa en las tinieblas. El que hace
caer ciudades y las quema, ve armas,
derrotas de los otros y muertes de reyes,
y campos donde corre la sangre profusa.

Los que suelen perorar en juicios, foros, leyes,
y aun miedosos disciernen el tribunal, la corte.

El avaro esconde su ganancia y descubre
oro enterrado. El cazador agita
el bosque con sus perros. El marino arrebata
a las olas un resto de madera
o lo aprieta muriéndose. La puta

al amante le escribe, la adúltera se entrega:

y el perro sueña que sigue a una liebre.

Insisten las heridas de los infelices

en el espacio de la noche.